

Diversidad regional y particularidades de conflicto armado

A propósito del libro *Una vieja guerra en un nuevo contexto* de Teófilo Vásquez, Andrés Vargas y Jorge Restrepo*

Por Darío Fajardo M.**

Apreciados colegas: muy buenas noches.

Recibí la amable invitación de Fernán González y Teófilo Vásquez de comentar ante ustedes este nuevo estudio sobre el conflicto armado colombiano, producido por el colectivo Cinep, Odecofi y Cerac, fértil núcleo de estudio y formación de investigadores, responsable, a mi modo de ver, de las más calificadas aproximaciones a la comprensión de nuestra tragedia.

A la apasionante lectura de este texto contribuyen tanto el prólogo de Jorge Restrepo como la síntesis conclusiva de Fernán, escritos que logran dar cuenta de los alcances de ese estudio. En él concurren las capacidades para la captación y sistematización de una pormenorizada información sobre las 19 subregiones seleccionadas, con el análisis y síntesis de la misma y un trajín erudito, crítico y fluido por la producción de los autores más pertinentes y actualizados en las teorías de los conflictos armados.

Guían a este estudio tres apreciaciones sustentadas en exploraciones anteriores. En primer lugar, la asociación entre la diversidad regional y las particularidades de conflicto armado. En segundo lugar, y relacionadas con ella, las

* Vásquez, Teófilo; Vargas, Andrés y Restrepo, Jorge, 2011, *Una vieja guerra en un nuevo contexto*, Bogotá, Cinep/PPP-Odecofi, Colciencias, Cerac, Editorial Universidad Javeriana.

** Profesor Universidad Nacional de Colombia.

variaciones en la inserción, presencia y acción del Estado en cada uno de los espacios territoriales que componen el país y que, en concepto de los investigadores, originaría una “soberanía fragmentada”. Por último, el condicionamiento que ejerce la exclusión social, económica y política como fundamento de nuestra sociedad, expresada en cada uno de sus componentes socio-espaciales, es definida por los autores como la “escisión maestra” de la sociedad colombiana y factor clave en la configuración de esta vieja guerra, como la calificara Gonzalo Sánchez.

De estos criterios derivó una propuesta de regionalización para el espacio de estudio, en la cual convergieron resultados de exploraciones previas adelantadas por esta comunidad, representados por los que proporciona Clara Inés García en el nivel conceptual y recogidos por este estudio, así como las propias experiencias de los investigadores.

En el ámbito específico de la comprensión de las lógicas del conflicto armado, el estudio se pregunta cómo éste se ha expresado y desarrollado en estos espacios diferenciados y cómo los ha transformado. Acude a la mente el capítulo sobre la “Geografía de la violencia”, de monseñor Germán Guzmán Campos, en el libro “La violencia en Colombia”, que escribiera junto con Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna y que constituye la primera aproximación científica a la comprensión de esta guerra inacabable. Contrastan necesariamente las descripciones y apreciaciones allí incluidas con la elaborada información del estudio que hoy nos ocupa, aunque en el escrito de monseñor Guzmán, al lado de apreciaciones tal vez ingenuas sobre el carácter de los lugareños, encontramos observaciones sobre la tenencia de la tierra, la producción y las técnicas agrícolas, las clases sociales y la composición étnica, que ya arrojaban algunas luces para entender el conflicto.

El estudio que ahora nos ocupa se enfocó en la “macrorregión sur”, que corresponde a los departamentos de Cauca, Caquetá, Huila, Nariño y Putumayo, dentro de los cuales el equipo identificó 19 subregiones, cada una de

ellas con características físicas, económicas y culturales y, como se constató, con dinámicas y lógicas particularizadas.

La aproximación a las subregiones desde la perspectiva de las relaciones que establecen con el Estado y de su desigual inserción en el desarrollo nacional e internacional también proporciona la dimensión temporal, pues los efectos de esa articulación y los propios tienen tiempos diferentes. La imposición de nuevas relaciones, como las que implica el establecimiento de plantaciones y empresas agroindustriales, define nuevas condiciones de vida para las comunidades, y, con mayor dureza, la guerra las arranca de sus ritmos, las descompone y coloca en tiempos diferentes a quienes sobreviven.

El estudio de cada una de las subregiones apunta a establecer la configuración social del territorio, comprendiendo dentro de ella su poblamiento, organización y jerarquización social, rasgos físico-geográficos, distribución de la propiedad agraria, formas de tenencia de la tierra predominantes, satisfacción de necesidades básicas, los intereses económicos y sus transformaciones. En ellas incluye la inserción violenta del narcotráfico, las particularidades asumidas en el tiempo por el conflicto armado, las “trayectorias de la guerra”, en términos de los investigadores: la presencia de los grupos armados, las tendencias que ofrecen las acciones de estos grupos así como el comportamiento de las comunidades ante los procesos de violencia asociados al conflicto.

Sin perder de vista los rasgos compartidos con otros espacios, el enfoque de las particularidades permite apreciar regularidades que nos ayudan a desentrañar las claves del proceso. Una de ellas, central, es la expresada en el concepto de **escisión maestra**: en cada uno de los territorios estudiados se manifiesta, con sus particularidades, la exclusión social, económica y política en la que se fundamenta nuestra sociedad.

La caracterización de los territorios saca a la luz rasgos que adquieren significados especiales, muchas veces diluidos en las visiones predominantes del

conflicto. Uno de ellos es la conformación de tradiciones de resistencia, ya en los pueblos indígenas, ya en comunidades campesinas, tal como ocurre entre los *nasa* de Tierradentro y los *pijaos* del Tolima, recientemente investigados por Elías Sevilla, y más recientemente en los colonos campesinos del piedemonte caqueteño, las cuales imprimen sellos propios al desarrollo del conflicto.

El examen de cada una de estas subregiones en sus relaciones con el Estado, en particular con las políticas emanadas de él, permite discernir algunos rasgos relevantes para la comprensión del proceso, que tienen sus orígenes más allá de la esfera de lo nacional, como son, de una parte, los relacionados con el comercio de bienes agrícolas y, de otra, los aspectos militares.

La perspectiva internacional no escapa a los investigadores cuando consideran la problemática de la “cooperación internacional”, con respecto a la cual destacan, de una parte, cómo había sido “uno de los grandes ausentes en la crisis colombiana”, para provocar posteriormente una “internacionalización negativa del conflicto armado”. A propósito de este proceso vale señalar que Colombia, con anterioridad a la visibilidad proporcionada por los episodios más notados de la incidencia del narcotráfico, no había llamado la atención en los medios internacionales, pero ello no implica que estuviera ausente de los centros de decisiones. Por el contrario, en distintos momentos ha sido un foco de interés, al menos en los ámbitos hemisféricos. Ese fue el caso de los despliegues iniciales del Banco Mundial, con una presencia temprana en el país a través de la misión dirigida por el profesor Lauchlin Currie, muy a principios de la década de 1950; igualmente, del impulso a la reforma agraria, en el marco de la Alianza para el Progreso, bajo la administración Kennedy, de las iniciativas del desarrollo Rural Integrado, igualmente promovidas por el Banco Mundial a finales de los años 1970, y, con efectos más críticos aún, de los programas de erradicación de cultivos ilícitos, derivados del carácter mismo de las políticas agrarias previamente promovidas por los gobiernos norteamericanos.

De otra parte, el estudio del Cinep constata las transformaciones en la agricultura en varios de los espacios de la macrorregión, asociadas con lo que

se ha denominado la crisis de la agricultura de los años 90, la cual se expresó en el desmantelamiento de miles de hectáreas de cultivos campesinos y asimismo en el ascenso de las plantaciones para la agroexportación; este proceso, que podría llamarse de la “relocalización de la agricultura”, viene ocurriendo a escala mundial y se ha acelerado con las alzas desmesuradas y especulativas de los precios del petróleo, que origina la conversión de áreas de cultivos y productos agrícolas en plantaciones para la producción de agrocombustibles.

Este proceso, al que conviene referirse con mayor amplitud debido a los efectos que ha descargado en la sociedad colombiana, en particular en sus ámbitos rurales y de frontera, ha profundizado la guerra y ha venido de la mano con los desplazamientos forzados, las usurpaciones de tierras y la aparición de severos y crecientes desabastecimientos de alimentos, que pretenden ser cubiertos con las cuotas de importación fijadas en el Tratado de Libre Comercio con los Estados Unidos, en particular, pero que no solucionarán nuestra crisis alimentaria y, por el contrario, agravarán el deterioro de la ruralía colombiana, sin conducir al país al pretendido paraíso de un desarrollo ya desueto.

Otro punto de referencia del ámbito internacional, de severos efectos en esa prolongada guerra en la que estamos inmersos, es nuestra inscripción en la esfera del interés militar de los Estados Unidos. Poco lo reconocemos pero, como lo destaca Diego Otero en un reciente estudio sobre la intervención norteamericana en el conflicto armado colombiano, hemos tenido el infortunio de constituir una zona de interés en este ámbito. Como resultado, los gobiernos colombianos han suscrito con ese país pactos de asistencia militar desde comienzos de los años 50 del siglo pasado y puesto en práctica a través de numerosas actividades, desde el temprano Plan Laso, dispuesto para aniquilar focos de guerrillas campesinas en el sur del Tolima en los años 60 y que provocaron el surgimiento de las Farc, hasta el Plan Colombia, promulgado como ley del Congreso norteamericano en el año 2002.

De esta misma estirpe son las recomendaciones que formulara en 1962 una misión militar norteamericana al gobierno colombiano para la organi-

zación de grupos paramilitares, según lo estableció el investigador norteamericano Michael Mc Clintock con base en documentos desclasificados del gobierno de ese país. Estos hechos, como lo señala el estudio del Cinep, en lugar de facilitar la reconciliación nacional profundizan y militarizan aún más la guerra.

Las contribuciones de este estudio van todavía más allá, en la medida en que los autores proporcionan y comprueban aproximaciones metodológicas y conceptos eficaces en la comprensión de la guerra y sus condiciones e incursionan en el debate sobre las teorizaciones de los conflictos armados, batiendo propuestas de dudosa consistencia, como la de las “nuevas guerras” o los “Estados fallidos”. No sobra recordar que estas concepciones han sido construidas en medios académicos proclives a intervenciones “humanitarias”, como las que en su momento defendiera Ginés de Sepúlveda en su debate con fray Bartolomé de Las Casas a propósito de la Conquista.

Pero muy posiblemente las más valiosas contribuciones de este equipo, a través de su estudio son las propuestas para acercar la construcción de la paz. El método de análisis, rigurosamente aplicado en los niveles subregionales, establece cómo se traduce en ellos la “escisión maestra”, las exclusión como esencia de nuestro ordenamiento social, económico y político y, dentro de esa lógica, cómo se deconstruye la guerra. En sus palabras, que cito *in extenso*,

“El Caguán es un territorio clave en el desarrollo del conflicto a escala macrorregional y nacional, dada la presencia histórica de las Farc y la influencia determinante en el conflicto en su proceso de configuración subregional. Esta relevancia se evidencia tanto en el plano militar como en el plano político, en el cual la subregión ha sido importante en los sucesivos intentos de negociación. Incluso, cabe afirmar que el Caguán refleja en la escala subregional el desarrollo político-militar de la guerra y que la superación de la escisión maestra del conflicto colombiano pasa por encontrar fórmulas para superar las escisiones de la sociedad del Caguán”.

A mi modo de ver, este estudio, como los demás aportados por el valioso colectivo de trabajo que lo produjo, responde con plenitud al propósito de entender para cambiar y buscar un rumbo pacífico, incluyente y democrático para nuestra sociedad.

Apreciados autores: felicitaciones y muchas gracias por este aporte al país que queremos.